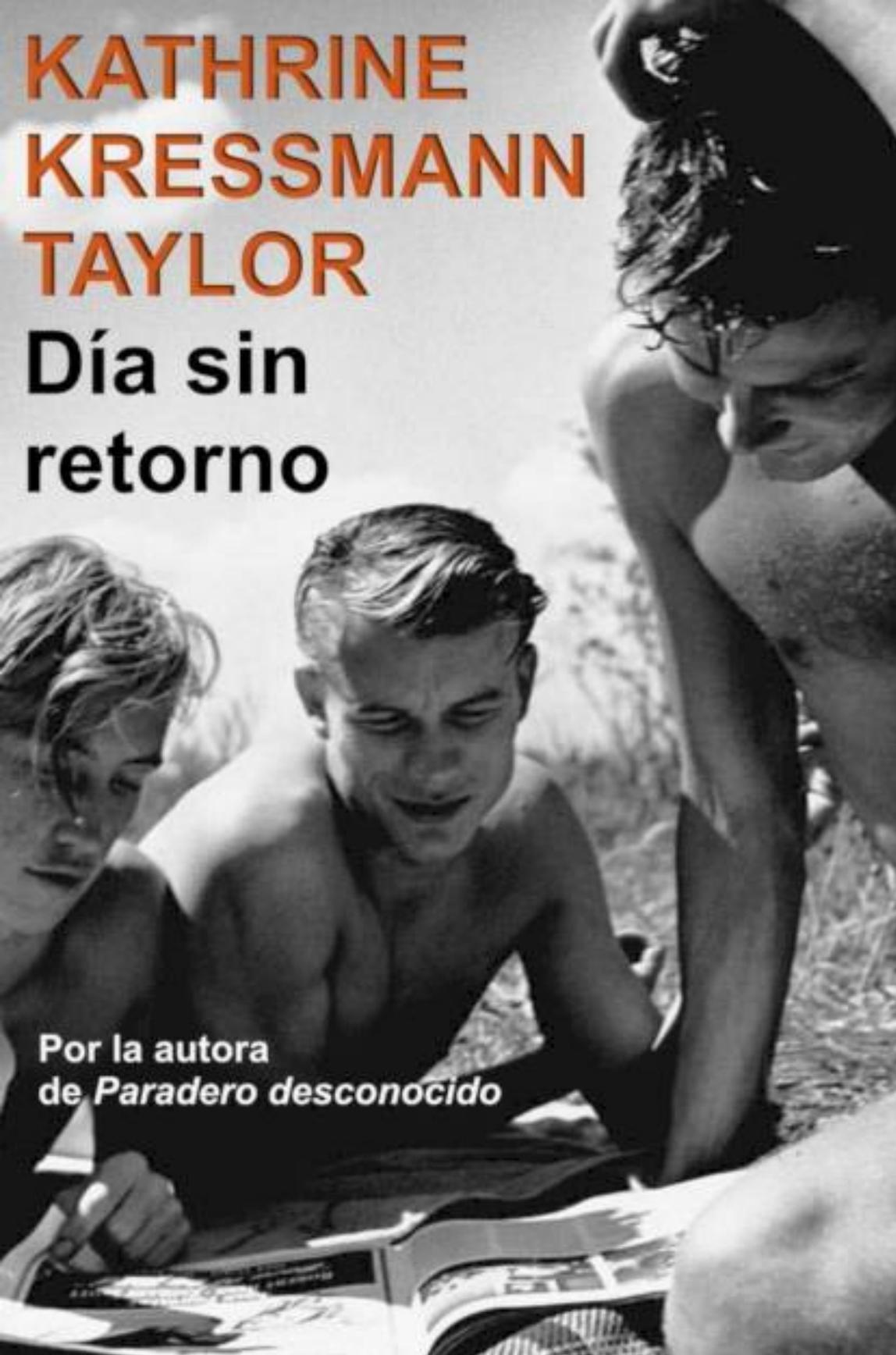


**KATHRINE
KRESSMANN
TAYLOR**

**Día sin
retorno**

Por la autora
de *Paradero desconocido*



A principios de los años cuarenta, cuando la Segunda Guerra Mundial hacía estragos en Europa, un joven seminarista alemán llamado Leopold Bernhard llega a Estados Unidos huyendo del régimen nazi. Tiene una larga historia que contar, y el FBI lo pone en contacto con Kressmann Taylor, quien en 1942 publica esta novela protagonizada por Karl Hoffmann, nombre bajo el que se oculta la verdadera identidad de Bernhard. Revestida de ficción para proteger a su familia, en sus páginas se narra el tortuoso periplo personal del protagonista, que ve morir a su padre a manos de los nazis. El mismo Hoffmann será duramente perseguido por oponerse a Hitler.

Por otro lado, describe con una intensidad desgarradora cómo la alta sociedad alemana fue amoldándose poco a poco a la ideología nazi, y aceptándola, lo que permitió que el régimen de terror se extendiera velozmente por todas partes. Asimismo, refiere su primera y terrible consecuencia: las deportaciones a los campos de concentración. Más que una novela, «Día sin retorno» es la crónica de un hecho real escrito cuando aún Europa estaba inmersa en una de las mayores tragedias que le ha tocado vivir.

AGRADECIMIENTOS

Para volver a relatar la historia de ficción de «Karl Hoffmann» y extraer la historia real que hay detrás he recibido una gran ayuda de amigos, parientes y otras personas vinculadas a la autora y su tema, el reverendo Leopold Bernhard.

No habría podido presentar la ingente cantidad de información nueva, ni verificar la autenticidad de la antigua, sin la generosa ayuda de

Christopher Brown
Auxiliar de consulta e investigación
Instituto Histórico de Concordia

Joel Thoreson
Archivero adjunto
Iglesia Evangélica Luterana de América

Helen Kressmann Taylor Crisp
hija de Kathrine Kressmann Taylor

Thelma Bernhard Nesbitt
hija de Thelma Kaufman Bernhard
hijastra de Leopold Bernhard

Dr. Arnold Keller

Milton Kotler

Profesor Robert Jenson
Investigador Jefe
Centro de Investigación Teológica

Reverendo William Kirsch-Carr
Archivero, Sínodo Metropolitano de Nueva York

CHARLES DOUGLAS TAYLOR
hijo de Kathrine Kressmann Taylor

INTRODUCCIÓN (1942)

La historia de Karl Hoffmann se cuenta en gran medida tal y como él me la contó. Si me preguntarais: «¿Es cierta?», sólo podría contestar que no podría no serlo. Lo sé porque he hablado con él. Se trata de un hombre de treinta años, de espaldas anchas y rostro divertido, que se muestra tímido al hablar de sí mismo y contenido cuando narra la violencia y la tragedia en las que ha tomado parte, pero que cuando habla de las cosas en las que cree, sus palabras adquieren de una manera extraña un tono nuevo e importante, como si acabaran de ser descubiertas.

Este hombre, al igual que sus palabras, está completamente vivo. No es una persona ingenua: es un hombre sofisticado, un erudito, pero deja de lado su erudición de tal modo que la intensidad que hay en su interior es lo único que se aprecia. A uno le da por pensar que si le sustrajeran la creencia que lo alimenta no le quedaría nada.

Si os dijieran que escapó hace poco de Alemania, donde soportó años de persecución, os sorprenderíais. Carece de algo que nos hemos acostumbrado a ver en los refugiados que han ido llegando masivamente a Estados Unidos: el miedo, la expresión angustiada, el ánimo inquieto. Este joven pastor del campo no aprendió a tener miedo.

La historia de lo que le ocurrió a él y a hombres como él en Alemania es una especie de milagro moderno. Los nazis habían preparado un plan perfecto. Mediante un plan sutil en que simularían cooperar, se apoderarían de la Iglesia Lu-

terana y la utilizarían para sus propios fines. Se desharían de los clérigos y colocarían a sus propios hombres a la cabeza de una Iglesia unida. Controlarían la organización entera y les resultaría fácil destruir a cualquier disidente. La Iglesia, a través de su gran autoridad, se convertiría en una potente herramienta para diseminar la doctrina nazi.

El plan parecía infalible. Los primeros pasos se dieron con la precisión propia de un reloj prevista por los nazis. Tal y como habían planeado, todos los aspectos externos del poder eclesiástico cayeron en sus manos. Desde el punto de vista material habían logrado lo que deseaban. Pero poco a poco se dieron cuenta de que algo no iba bien. Controlaban la Iglesia Luterana, pero en realidad no la controlaban. La organización que tenían entre manos no era la Iglesia en sí. Había una fuerza que se les resistía, algo en lo que no podían meter baza: una creencia.

Debido a su carácter materialista, los dueños de Alemania se dedicaron a atacar esta resistencia con la fuerza física. Poseían todo el poder, estaban acostumbrados a ver a las organizaciones ceder ante la clase de presión que ellos sabían ejercer. Pero lo que atacaban no se encontraba en una organización. Había una mirada en los hombres por la cual no se les podía arrestar. Los rostros pacientes reflejaban esperanza... ¿pero cómo demostrar que la esperanza es traición? Resonaban palabras en el aire, órdenes de un líder invisible, y a las réplicas nazis se las llevaba el viento. Y las palabras eran: «Amarás a Dios sobre todas las cosas».

Lo extraño de la historia de Karl Hoffmann es que es la historia de la derrota de la tremenda fuerza nazi en el interior de Alemania. Hay una ciudadela en el corazón de su imperio que no han logrado conquistar: existen hombres en Alemania que los han derrotado. Los hombres que confían en las fuerzas del poder físico pueden conquistar pero no ganar. No tienen armas con las que penetrar en los confines del espíritu.

Esta historia apareció porque el joven Hoffmann ya no podía guardársela durante más tiempo. A pesar del grave peligro que implicaba revelar sus experiencias, tenía tan presente el valor de la lucha que había vivido que sentía que debía explicarla en Estados Unidos. Por razones evidentes, en este libro se han usado nombres ficticios, exceptuando unas pocas figuras públicas conocidas. Pero el joven que hoy en día ocupa un pequeño púlpito en el campo se negó a callarse lo que sabía porque tuviera miedo.

En el rostro tolerante y generoso de Karl Hoffmann se observa que ha aprendido a no tener miedo, aunque muchos hombres que han sufrido mucho menos que él se hayan vuelto timoratos. Ha tropezado y se ha perdido en el camino como debe de haberles ocurrido a todos los humanos, durante los años difíciles, pero nunca se dejó esclavizar. Ostenta la dignidad humana porque su fuerza se alimenta con la Fuente de la que los hombres extrajeron su dignidad y aprendieron a caminar con la cabeza erguida. Dios es la fuerza del hombre. Las fuerzas materiales apenas han alterado la historia, sino que las ideas la han hecho avanzar, y la fe ha hecho que los hombres que la profesaban logaran lo imposible.

La historia está relatada en primera persona porque se trata de una historia personal. Karl Hoffmann vivió esos hechos terribles, y sus reacciones y su tenacidad son mucho más reveladoras que los grandes sucesos y las estadísticas. La elección que se vio forzado a hacer, entre la fe y la auto-complacencia, también tienen que afrontarla todos los estadounidenses, no durante una guerra sino mientras dure nuestra democracia.

KRESSMANN TAYLOR

INTRODUCCIÓN A ESTA EDICIÓN

Esta nueva edición del segundo libro de Kressmann Taylor, *Día sin retorno*, publicado por primera vez en 1942 con el título de *Until That Day*, contiene el texto original completo además de varios añadidos importantes: una «Introducción» actualizada; un «Epílogo: el auténtico “Karl Hoffmann”» al final, donde se revela la identidad ocultada durante muchos años del hombre cuya historia está detrás del personaje de ficción; el comienzo de una autobiografía inacabada de ese hombre, y una copia firmada de su «Curriculum Vitae» de 1943. La introducción original de Kressmann Taylor se ha dejado intacta, al igual que su texto, para que el lector disfrute del primer impacto que produce la historia, además de las perspectivas históricas, las reflexiones y referencias varias.

La autora Kressmann Taylor, «la mujer que conmocionó a Estados Unidos», nació con el nombre de Kathrine Kressmann en Portland, Oregón, en 1903. Su padre, Charles August Kressmann, era banquero y americano de primera generación. Había nacido en Chicago en 1870, sólo unos días después de que sus padres alsaciano-germanos llegaran a Estados Unidos. Su madre, Susan Starr Kressmann, formaba parte de la décima generación de descendientes de una familia de Nueva Inglaterra que se remontaba hasta 1634 en Massachusetts, y entre los miembros de la cual se encontraban soldados de la Guerra de la Independencia, algunos

de los primeros fabricantes del país y un médico que fue uno de los fundadores de la Universidad de Harvard.

Kathrine fue una niña precoz que ganó su primer premio de escritura a los once años, *First Prize*, en un concurso para menores de hasta dieciséis años; con el dinero del premio se compró la colección completa de la enciclopedia universal de su país, el *Book of Knowledge*. Se graduó en el instituto a los diecisiete años, y en la Universidad de Oregón a los veintiuno (con una doble licenciatura en literatura y periodismo). A continuación se mudó a San Francisco, donde trabajó como redactora publicitaria mientras en su tiempo libre escribía ficción y poesía para algunas revistas literarias poco importantes. En 1928, los editores de *San Francisco Review*, una revista que le gustaba mucho, la invitaron a una fiesta donde conoció a Elliott Taylor, el pulcro, exitoso y atractivo propietario de su propia agencia de publicidad; se casaron sólo dos semanas más tarde. Tres años después, cuando la Depresión les dejó sin trabajo a los dos e hizo quebrar la industria publicitaria, la pareja se compró una pequeña granja al sur de Oregón, donde literalmente vivían del campo, cultivaban su propia comida y se dedicaban a cribar oro. Allí criaron a sus dos niños pequeños, a los que se sumaría un tercero (de un total de cuatro) en 1935.

En 1938 se mudaron a Nueva York, donde Elliott trabajó como editor de publicaciones especializadas mientras Kathrine acabó de escribir *Address Unknown*. Elliott le mostró el manuscrito al editor de *STORY* Whit Burnett, que enseguida quiso publicarlo. Elliott y Burnett decidieron que la historia era «demasiado fuerte para que apareciera firmada por una mujer», y le asignaron a Kathrine el seudónimo literario «Kressmann Taylor». Kathrine aceptó el seudónimo y lo mantuvo el resto de su vida, sobre todo debido al éxito de su primer relato.

La publicación de *Address Unknown* en la revista estadounidense *STORY* en septiembre de 1938 resultó un éxito inmediato. A los diez días de su publicación, la edición en-

tera del número de *STORY* se agotó, y los lectores entusiastas se dedicaban a mimeografiar copias de la historia para enviárselas a sus amigos. El comentarista radiofónico Walter Winchell, cuyo programa se emitía por todo el país, recomendó encarecidamente el relato, y la revista *Reader's Digest* rompió su larga tradición de no publicar ficción y volvió a publicar la historia para sus más de tres millones de lectores.

En 1939, Simón & Schuster publicó *Address Unknown* como libro y se vendieron cincuenta mil copias, una cantidad muy elevada para la época. *The New York Times Book Review* alabó la obra: «Esta historia moderna es la perfección en sí misma. Es la mejor crítica del nazismo que ha aparecido en ficción». La postura oficial de Estados Unidos en aquel momento era neutral, pero muchos estadounidenses, incluida la propia administración Roosevelt, apoyaban abiertamente a los británicos en su cruzada contra Hitler. Fue en ese contexto en el que un joven clérigo alemán, que había escapado de la persecución religiosa en el Viejo Mundo para pedir asilo en el Nuevo, accedió a contar su historia y desenmascarar la dominación nazi clandestina de la Iglesia Luterana alemana. El FBI se comprometió de inmediato a organizar un encuentro secreto con la narradora antinazi más eminente de Estados Unidos, Kressmann Taylor, que tomó su historia real y la noveló para convertirla en este su segundo libro, *Until That Day*, publicado en 1942.

Contando con el respaldo no oficial del gobierno y una importante ayuda económica privada, *Until That Day* probablemente se habría convertido en otro éxito instantáneo capaz de rivalizar con su predecesora *Address Unknown*, pero antes de que el libro saliera de la imprenta los japoneses bombardearon Pearl Harbor, el sentimiento de apoyo fascista se disolvió en Estados Unidos, y el país entró en la guerra. El libro fue bien recibido, pero no se hizo una segunda edición ni una edición de bolsillo, y nunca se tradujo o distribuyó fuera de Estados Unidos.

En 1942, Elliott y Kathrine se mudaron a otra granja de Pennsylvania cerca de Gettysburg, donde debido a su reputación literaria Kathrine recibió enseguida una oferta para ejercer de profesora invitada en Gettysburg College, una universidad de humanidades luterana. La primera asignatura que impartió captó de tal modo el interés de los estudiantes que tras el primer año le ofrecieron trabajar a tiempo completo, y continuó dando clases en ese centro durante diecinueve años. Fue la primera mujer en adquirir estatus de catedrática, y la primera a la que se concedió una plaza de titular.

Tras la guerra, tanto *Address Unknown* como *Until That Day* desaparecieron del dominio público y cayeron en el olvido durante mucho tiempo. Elliott Taylor falleció en 1953, Kathrine permaneció viuda los 13 años siguientes y se dedicó a escribir y a enseñar escritura, periodismo y humanidades en la universidad. Se jubiló en 1966, vendió la granja y se mudó a Florencia, Italia, donde vivió la gran inundación del río Arno en noviembre de aquel año. Aquella experiencia dio pie a su tercera novela, *Diary of Florence in Flood*, publicada la primavera siguiente en Estados Unidos e Inglaterra (donde se llamó *Ordeal by Water*), que fue un éxito de crítica.

De camino a su «retiro» en Italia en 1966, en el *Michelangelo* de Italian Lines, Kathrine conoció al escultor estadounidense John Rood. Los dos se sintieron atraídos enseguida, tuvieron una aventura a bordo del barco y se casaron un año más tarde en Minneapolis, Minnesota, de donde era John. A partir de entonces vivieron una parte del año en Minneapolis y otra en Val de Pesa, a las afueras de Florencia. Incluso después del fallecimiento de Rood en 1974, Kathrine mantuvo ambos hogares durante muchos años: vivía seis meses en cada casa, y era conocida como la señora de John Rood.

Más adelante, en 1995, cuando Kathrine tenía ya 91 años, Story Press reeditó *Address Unknown* «para conme-

morar el 50 aniversario de la liberación de los campos de concentración, y porque, tal y como escribió la editora de *STORY*, su “importante y atemporal mensaje... se ha ganado un espacio permanente en las estanterías” de Estados Unidos». El libro tuvo una buena acogida, y Kathrine, feliz ante la posibilidad de firmar ejemplares y conceder entrevistas para prensa y televisión, se sintió complacida ante este resurgimiento en la categoría de clásico de la literatura estadounidense.

Kathrine Kressmann Taylor Rood falleció al año siguiente, en julio de 1996, ya con 93 años. Kathrine conservó la agudeza, la perspicacia y la actitud entusiasta hacia la vida que siempre la habían caracterizado hasta el último momento. Poco después de su muerte, un ejemplar de *Address Unknown* llegó a manos del editor francés de Editions Autrement, París. El editor vio enseguida la trascendencia que tenía para toda la comunidad europea, tanto para aquellos que habían vivido la dominación nazi como para los que no. Decidió que tenía que traducirse al francés, y esa traducción llegó a la lista de los libros más vendidos de Francia a finales de 1999. Desde entonces se han vendido más de 300.000 copias en ese país, y a fecha de enero de 2003 la obra se ha traducido a dieciséis idiomas por todo el mundo.

Las peticiones de lectores de todas partes para conocer las restantes obras de Kathrine Kressmann Taylor motivaron la reedición de su segunda obra, publicada originariamente en 1942 con el título *Until That Day*, en francés y con el título de *Jour sans retour* en 2002. La buena acogida de aquella edición condujo a ampliar la investigación y a aportar nuevos materiales de referencia para esta edición actualizada, editada en alemán (*Bis zu jenem Tag*, 2002), italiano (*Senza Ritorno*, 2003), y ahora en español, *Día sin retorno* de Kathrine Kressmann Taylor.

CHARLES DOUGLAS TAYLOR

hijo de Kathrine Kressmann Taylor

I

Nací en una época y en un lugar en los que las corrientes de dos creencias fuertes se enfrentaron y chocaron. Una de ellas, la corriente amplia y clara del cristianismo, se ha convertido en la corriente fluida y subterránea de la historia durante mil novecientos años, y las naciones y las dinastías, las batallas y los ejércitos sólo han sido manifestaciones superficiales bajo las que circulaba. Muchos de nosotros hemos supuesto, e incluso hemos dado por hecho, que podríamos navegar por ella para siempre, sin límites, así que cuando apareció la oscura corriente opuesta no reconocimos su fuerza a tiempo.

Me vi atrapado en el remolino en el punto en que las dos corrientes se unieron, y he luchado contra la nueva fuerza y he visto su energía y el atractivo que ejerce en la imaginación de los hombres. Salí catapultado del conflicto antes de que se decidiera el ganador, pero sé de la virulencia con la que continúa, y creo que la auténtica batalla de titanes no se está librando entre las fuerzas militares sino entre las creencias fundamentales de los hombres. A pesar de todas las catástrofes y de la amargura y el desánimo que he visto no dudo de cuál será el resultado.

Aparecí en este mundo siete años antes del fin de la monarquía alemana, en 1912, en uno de los grandes dormitorios superiores de una casa parroquial en la bonita ciudad antigua de Magdeburg, junto al río Elba. Me bautizaron como Karl Augustus. Mi padre, Franz Hoffmann, era

pastor de la Domkirche, una de las mayores iglesias luteranas de la ciudad y fuente espiritual de una próspera y acaudalada zona residencial.

En aquella zona las avenidas eran rectas y amplias, en contraste con las estrechas calles serpenteantes de la parte antigua de la ciudad, y las casas cuadradas quedaban muy apartadas, rodeadas de jardines muy cuidados. Aunque al crecer y adquirir ciertos conocimientos de arquitectura me di cuenta de que aquellas casas eran bastante feas y se parecían mucho entre ellas, cuando era niño todas me resultaban bonitas y agradables, y las torrecillas que sobresalían de ellas y la uniformidad que compartían me parecían un resultado natural del proceso de construcción, al igual que la semejanza de los tilos era un resultado inevitable del proceso natural.

Crecí en los años de la guerra sin experimentar en gran medida sus estragos, ya que tenía seis años cuando se firmó la paz y la primera vez que salí al mundo exterior a las paredes de la casa parroquial fue después de la instauración de la República de Weimar. Mis padres eran muy conservadores en el aspecto político, al igual que todos nuestros vecinos que vivían en casas respetables de los alrededores, y dado que ni a mis padres ni a sus amigos les gustaba la república la ignoraban unánimemente y continuaban con su vida criando a sus hijos según costumbres antiguas y estrictas, como si la monarquía siguiera existiendo. Nos apartamos de la vida de la gente y el país, que cambiaban a toda velocidad, y nos encerramos en un círculo estrecho y rígido, limitado por una separación entre clases que nadie se percataba que en otros lugares estaba desapareciendo.

No obstante, se nos fueron filtrando algunas señales del desastre y la desintegración que se estaban dando: la pérdida de propiedades entre nuestros conocidos, el suicidio de uno de los viejos amigos de la escuela de mi padre tras caer en la bancarrota, la búsqueda infructuosa de los hijos